

Robert James Fischer, llamado cariñosamente Bobby Fischer, nació un 9 de marzo de 1943 en Chicago, Estados Unidos, hijo de Regina Wender, una enfermera suiza de ascendencia judía y de Hans Gerhardt Fischer. Desde 1962 hasta que consiguió en 1972 el Campeonato del Mundo, prácticamente no perdió ningún torneo en los que participó. A lo largo de esos años dejó constancia de su gran genio y de sus excentricidades.

Bobby Fischer, ¿genio, loco...?

José Antonio García Martínez,
Director de Antena

Si en una simbiosis perfecta consiguiésemos aunar el arte y la ciencia con el deporte, obtendríamos en su definición más exacta lo que es el maravilloso juego del ajedrez, juego que nació en la India hace ya más de 1.200 años.

Una vez dicho esto, recordemos rápidamente que España ha dado al mundo el primer gran maestro de la Historia. Su nombre fue Ruy López de Segura, creador de la que posteriormente se llamaría “apertura española”, y que en 1572, cuando aún no se concebía la celebración de campeonato alguno, fue el primero que se alzó con el reconocimiento mundial del mejor ajedrecista de la Tierra. De hecho, enaltecía la Corte española cuando el propio Rey Felipe II le enviaba a enfrentarse al ajedrez con los mejores de cada país.

Desde entonces, España no ha vuelto a tener otra figura tan sobresaliente hasta 1928, año en que comenzaron a celebrarse ya los primeros torneos para obtener al mejor. Entonces fue cuando apareció el gran Manuel Golmayo Torrente como primer campeón nacional, y con quien el que suscribe este artículo, (tenía entonces once años de edad), tuvo el honor de jugar y aprender del maestro.

A partir de Golmayo, España ha dado hasta nuestros días, numerosos y grandes ajedrecistas que se han ido alzando sucesivamente como campeones nacionales,



tales como, por ejemplo, Rey Ardid, Antonio Medina, Arturo Pomar, Ramón Torrán, Francisco José Pérez Pérez, Díez del Corral, Jaime Lladó, Fernando Visier, Juan Manuel Bellón, Rivas Pastor, Miguel Illescas, Pablo Sansegundo o Francisco Vallejo entre otros.

Pero volviendo de nuevo al ajedrez en su categoría mundial, tras nuestro Ruy López de Segura, fueron apareciendo sucesivamente otros grandes maestros, todos ellos europeos, considerados en cada momento los mejores del mundo. Ellos fueron Leonardo da Cutri, Paolo Boi da Noto, Alessandro Salvio, Gioacchino

Greco, Legali de Kermeu, Danican Philidor, Lebreton Deschappelles, Mahe de Labourdonnais, Howard Staunton y Adolf Anderssen, hasta que por fin hizo su aparición un norteamericano llamado Paul Charles Morphy, de cierta ascendencia española y considerado probablemente como el mejor ajedrecista de todos los tiempos. Tristemente, Morphy murió en 1.884, cuando contaba tan solo 47 años de edad, tras una larga etapa de enajenación mental.

A partir de entonces, el campeonato del mundo de ajedrez se institucionalizó, siendo el austriaco Wilhelm Steinitz,



Bobby Fischer.

el que en 1886 se alzaría con el título de primer campeón mundial oficial de ajedrez.

Tras el gran Steinitz, el alemán Emmanuel Lasker le arrebató el título en 1.894, conservándolo hasta 1.921, cuando un niño prodigio llamado Raul Capablanca, cubano de nacimiento, se hizo ya con la corona hasta 1.927, año en que apareció la época dorada del ajedrez ruso, pues quitando dos años (1935/37), en que el holandés Max Euwe consiguió alcanzar tal título, el dominio de los grandes jugadores rusos fue incontestable hasta 1.972, en que de nuevo otro americano, el estadounidense Bobby Fischer conseguiría romper la hegemonía soviética.

El dominio ruso había sido aplastante, pues Alejandro Alekhine, Mijail Botvinnik, Vasily Smyslov, Mijail Tahl, Tigran Petrosian y Boris Spassky, se habían encargado sucesivamente de demostrar al mundo que Rusia no tenía rivales. Por eso, a los americanos, tan ansiosos de romper ese poderío, la aparición de Bobby Fischer, un “fenómeno americano”, les hizo sumamente felices.

¿QUIÉN FUE EN REALIDAD BOBBY FISCHER?

Robert James Fischer, llamado cariñosamente Bobby Fischer, nació un 9 de marzo de 1943 en Chicago, Estados Unidos, hijo de Regina Wender, una enfermera suiza de ascendencia judía y de

Hans Gerhardt Fischer, un médico alemán. La familia se estableció en Illinois hasta 1945, en que sus padres se separaron; su padre regresaría a Europa y su madre se hizo cargo de él, con tan solo dos años de edad y de su hermana Joan, cinco años mayor, trasladándose a vivir a Nueva York, concretamente a Brooklyn.

Podemos decir que Bobby fue un auténtico autodidacta del ajedrez, pues su hermana le regaló un juego y le enseñó cómo se movían las piezas y los primeros pasos para jugar, pero a partir de ahí, se obsesionó de tal forma que prácticamente “devoraba” ya cualquier libro o artículo que pudiera caer en sus manos sobre el ajedrez.

Su precocidad era tal que no habiendo cumplido aún los ocho años, y debido a



un anuncio en el periódico, se presentó a jugar en unas simultáneas contra el maestro Max Pavey. Su presencia infantil causó gran expectación y admiración. Por supuesto aún no estaba en condiciones de competir, pero su derrota fue precisamente la que le sirvió de estímulo para seguir aprendiendo. Con diez años participó también en el Primer Torneo de ajedrez de Brooklyn, igualmente sin demasiada fortuna.

Bobby Fischer no destacó efectivamente como “niño prodigio” como nuestro Arturo o Arturito Pomar, pero posiblemente haya sido el “adolescente prodigio” mejor de la Historia. En todos los tests que se le realizaron, había obtenido ya unos niveles de inteligencia sumamente elevados, con una puntuación similar a la de Einstein, aunque sin embargo no le atraían en absoluto los estudios. Su gran pasión era el ajedrez y él decía que en las Escuelas no le enseñaban nada para llegar a ser lo que verdaderamente le gustaba y deseaba.

Comenzó su gran carrera cuando con 13 años se alzó por primera vez con el título de Campeón Junior Norteamericano, y un año más tarde lo repitió y se hizo además con el Open Norteamericano en Cleveland-Ohio, el open Championship de New Jersey y el Campeonato Norteamericano Zonal.

Fue entonces cuando se dio cuenta de su verdadero potencial y con 14 años, en un alarde de orgullo, aseguró que llegaría a ser campeón del mundo, algo que el tiempo le daría la razón.

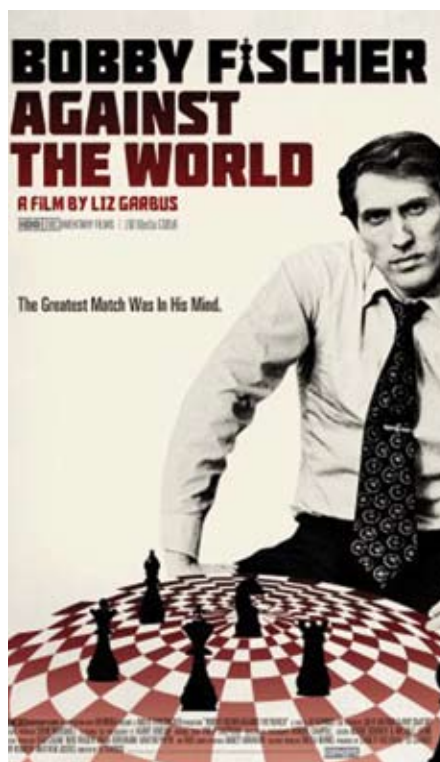
En 1958, con 15 años, se hizo por primera vez con el título de Campeón de los Estados Unidos, por lo que la prensa americana le denominó como el “Mozart del ajedrez”. El título de Campeón de los Estados Unidos lo repetiría ya sucesivamente en todos los años en que tomaba parte. Concretamente, en la edición de 1963, consiguió la insólita proeza de vencer en todas sus partidas.

Su obsesión por el ajedrez era tal que su vida giraba alrededor de este juego, allá donde fuese llevaba siempre consigo su inseparable tablero con sus piezas; vivía por y para el ajedrez, comía, dormía y soñaba con el tablero de 64 cuadros blancos y negros. Se llegó a decir de él que las 32 piezas eran sus mejores, por no decir sus únicos amigos, algo muy creíble

dado el carácter introvertido y excéntrico que se había ido forjando a lo largo de su vida. De hecho, amaba tanto al ajedrez que llegó a decir que era incluso mejor que el sexo. En su, digamos, rincón un tanto misógino, afirmaba que solo se casaría con una mujer con la que pudiese jugar al ajedrez, pero que ello era bastante difícil de encontrar.

Su otra obsesión era su enorme ambición por el dinero, algo que él mismo reconocía, pues continuamente afirmaba que sus dos ideales eran el ajedrez y el dinero, incluso a veces él mismo se auto-definía como un individuo detestable. Sin embargo, hay también sobre Bobby Fischer una realidad oculta poco conocida, y es que contrastando con ese carácter un tanto egoísta, poseía también el don de ayudar a los más débiles, y ello lo demostró cuando donó toda la ayuda necesaria a un colegio de niños negros para evitar su cierre. Sabemos que Bobby Fischer era un individuo sumamente extraño, pero también extraordinario, podríamos decir que irrepetible.

La trayectoria de este anárquico jugador había sido siempre un tanto irregular, abandonando o no participando en algunos torneos porque sus creencias religiosas le impedían jugar los sábados, o bien porque pensaba que las condiciones favorecían a los jugadores rusos a los que siempre odió. No obstante, su carrera para llegar a campeón del mundo está plagada de éxitos, como por ejemplo el



Torneo de Mar del Plata en Argentina, el Western Open en Michigan (EE UU), el Open de Nueva York, el Torneo de Mónaco, el Torneo de Skopje-Krusevo Ohrid de Yugoslavia, el Torneo de Nathania en Israel, el Torneo de Vinkovzy en Yugoslavia, el Torneo de partidas rápidas de Herceg-Novi de Yugoslavia, el Torneo de Rovij-Zagreb, también en Yugoslavia, el Torneo de Buenos Aires en Argentina, o el Torneo Interzonal de Palma de Mallorca en España, donde además se le concedió el Oscar del ajedrez.

Ya, desde 1962 hasta que consiguió en 1972 el Campeonato del Mundo, prácticamente no perdió ningún torneo en los que participó, no sin dejar constancia alguna vez de sus excentricidades, como por ejemplo, en el Torneo previo de 1967, donde se dilucidaba quien sería el que se enfrentara por la corona mundial al entonces campeón Tigran Petrosian, y cuando llevaba un record impresionante de siete victorias y tres empates, decidió incomprensiblemente y, haciendo gala de sus extravagantes e imprevisibles reacciones, abandonar. En dicho torneo se recuerda su partida con Reshevsky, cuando Fischer apareció en la sala de juego con la mitad de su tiempo consumido y aún así dio buena cuenta de su contrincante.

Y ya llegamos a 1971, año en que optaba de nuevo a candidato para enfrentarse por el título mundial al que entonces era el campeón, el ruso Boris Spassky. Para ello tenía que vencer a los otros tres candidatos, Taimanov, Larsen y Petrosian, a los que prácticamente barió sin darles opción alguna. Ello hizo subir el reconocimiento de Fischer a unos niveles muy altos en todo el mundo. Él mismo, con cierto orgullo egocéntrico, llegó a decir que los grandes maestros eran genios en el ajedrez, pero que él era simplemente un genio en general, con lo cual abarcaba el amplio significado de tal calificativo.

También afirmaba que para ser campeón de ajedrez hacía falta grandes dosis de memoria, concentración, imaginación y una fuerte voluntad, pero ante todo y básicamente era una lucha de inteligencias y añadía, en un alarde de soberbia, que no había nadie vivo a quien él no pudiera vencer.

De mente rápida, su velocidad de juego hacía que nunca hubiera tenido problemas de reloj. De hecho, en el Torneo de partidas rápidas más importante del mundo celebrado en 1970 en la localidad yugoslava de Herceg Novi, (cinco minutos por jugador), se alzó con la victoria, sacando 4 puntos y medio al segundo clasificado, el que hace años fuera campeón del mundo, Mijail Tahl. Anecdóticamente, diez años antes, en el encuentro Rusia-Resto del mundo, celebrado en Belgrado, y en su primer enfrentamiento con el ya mencionado y que entonces sí era el



La gran partida entre Fischer y Spassky.

campeón del mundo Mijail Tahl, tras hacer tablas con él, se permitió la impertinente osadía de comentarle: “No juega usted mal al ajedrez”.

Año 1972. Por fin había llegado el momento tan ansiado para Fischer. Iba a pelear mano a mano con el actual campeón del mundo, el ruso Boris Spassky, en el llamado “match del siglo” para intentar arrebatarle la corona.

Spassky había nacido en Leningrado, en 1937; era un hombre tímido, sereno y sagaz que había aprendido pronto a jugar al ajedrez, consiguiendo ya desde joven grandes éxitos. En el Torneo de Bucarest, con 16 años, aunque no lo ganó, su actuación y forma de jugar con los grandes maestros llamó poderosamente la atención, de tal forma que el nombre de Spassky empezó a sonar ya en el calendario internacional. A partir de entonces, su trayectoria ascendente y segura le llevó en 1969 hasta lo más alto que podía alcanzar, que era el título de campeón del mundo. Spassky tenía otras aficiones aparte del ajedrez, pues le gustaba el tenis, la natación y el esquí. Era un hombre cordial que vestía con elegancia, lo que en Rusia se llamaba un caballero. Su ajedrez llegó a ser casi perfecto, sin errores, prácticamente incontestable, se decía de él que jugaba como una máquina, y así lo demostró hasta su gran “Match del Siglo”, en que se enfrentó a Bobby Fischer en Reykjavik.

Tras multitud de problemas para elegir la sede de este match histórico, pues



El gran ajedrecista Mijail Thall.



optaban quince países para su organización, fue el doctor Max Euwe, Presidente de la FIDE, (Federación Internacional de Ajedrez), quien designó finalmente la ciudad de Reykjavik, capital de la pequeña Islandia, como lugar de celebración.

En los prolegómenos de este “match”, ya se había mostrado Fischer exigente, testarudo y suspicaz, pues hizo cambiar el árbitro, escogió el modelo de tablero, alejó a los fotógrafos y a los niños porque le distraían, e incluso consiguió que el banquero de Londres Jim Slater aportara 100.000 libras más para los jugadores. Inmediatamente fue tachado de pedante, temperamental y ambicioso.

Y así dio comienzo este “Match del Siglo”. Ya de entrada, Fischer no se había presentado a la ceremonia de inauguración ni tampoco a la primera partida de las veinticuatro que estaban programadas, alegando entre otros motivos, el aspecto económico. Finalmente, tras disculparse por escrito a Spassky, en una carta donde le decía textualmente: “Por mi irrespetuosa conducta, he ofendido a usted y a su país, Rusia, donde el ajedrez tiene una posición de gran prestigio”, dio comienzo dos días más tarde el que sería “Match del Siglo”, aunque tanto Spassky como la Federación Rusa continuaban exigiendo una sanción para el norteamericano.

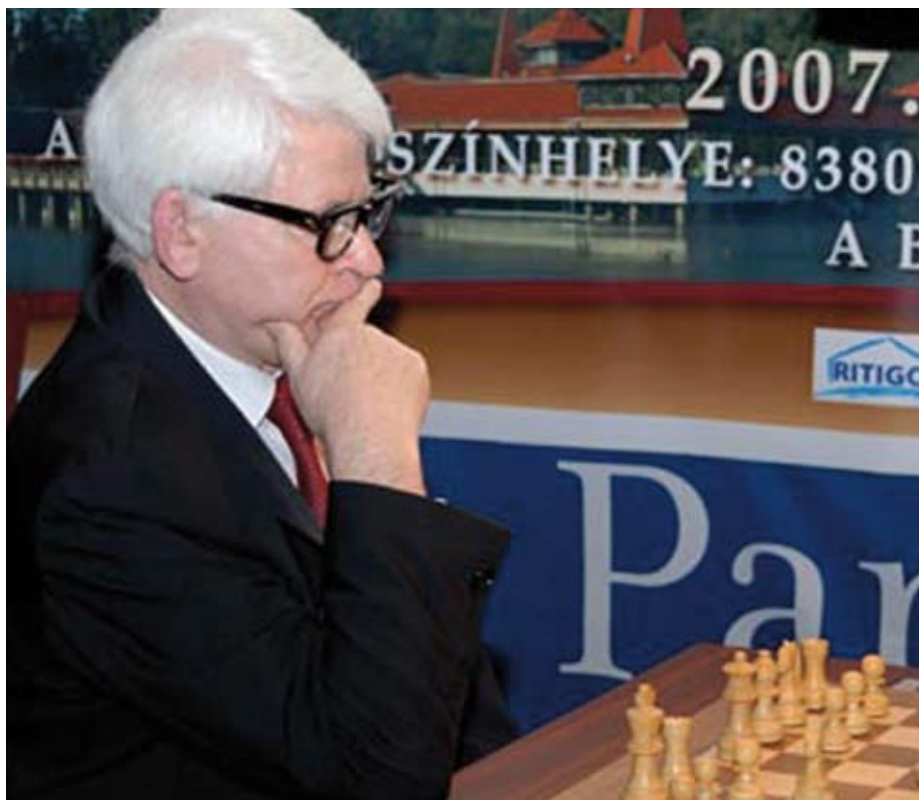
Por todo ello, las primeras jornadas fueron sumamente tensas, pero por fin se jugó la primera partida, un tanto extraña, pues Fischer abandonó en la jugada 56 sin demasiado convencimiento y con una polémica incluida, debido a una cámara

de TV situada estratégicamente en el techo, que Bobby Fischer ignoraba y descubrió en plena partida.

En la segunda partida, alegando que tenían que cambiar la posición de las cámaras de TV, pues le habían perjudicado en la anterior, Fischer no se presentó, y cuando el contemporizador árbitro alemán Lothar Schmidt dio por perdida esta segunda partida al americano por incomparecencia y sin posibilidad de apelación, los asistentes lo recibieron con una ovación. Es curioso ver como los aficionados islandeses, que en un principio inclinaban sus simpatías hacia Bobby Fischer, debido a las extravagancias y excentricidades de éste, fueron cambiando hasta hacerse defensores de Boris Spassky. Incluso hasta en Estados Unidos se comenzó a criticar también la tan irregular actuación de su “fenómeno americano”.

En el mundo del ajedrez se llegó incluso a decir que tenía miedo de Spassky, algo que cualquiera que conociera bien a Bobby sabía que no era cierto. Por otra parte, tampoco Spassky tenía motivos para temer al americano, puesto que en las cinco ocasiones que se habían enfrentado anteriormente en distintos torneos, le había vencido en tres ocasiones y habían hecho tablas otras dos.. Eso hacía que la moral del ruso fuera de hierro, y que las ansias de revancha del norteamericano fueran enormes, más aún cuando en los últimos años Bobby Fischer había demostrado al mundo que ahora si ya era un “fuera de serie”.

Cuando el Comité de Apelaciones confirmó definitivamente el 0 - 2 en



Spassky.

contra de Fischer, y cuando ya todos creían que éste abandonaría y se volvería a Nueva York, tal como había amenazado si se la daban por perdida, la sorpresa fue grande cuando la delgada figura de un carismático y enrabiado Bobby Fischer apareció en el gran teatro de Reykjavik para celebrar su tercera partida. Ésta, excepcionalmente y en medio de una tensión insólita, se celebró a puerta cerrada, y Fischer, con coraje y haciendo gala de un juego agresivo y brillante conseguiría

su primera victoria en busca ya del triunfo final, por el que luchó con fe hasta la última partida. Y efectivamente, ahí comenzó su recuperación: Fischer había ganado la tercera, hizo tablas en la cuarta y consiguió dos victorias más consecutivas, en la quinta y en la sexta, con lo cual en ese momento ya había dado la vuelta al marcador. En la siguiente tras un aplazamiento, se acordaron tablas y en la octava, nueva victoria para Fischer, en la siguiente, de nuevo otras tablas, tras otro

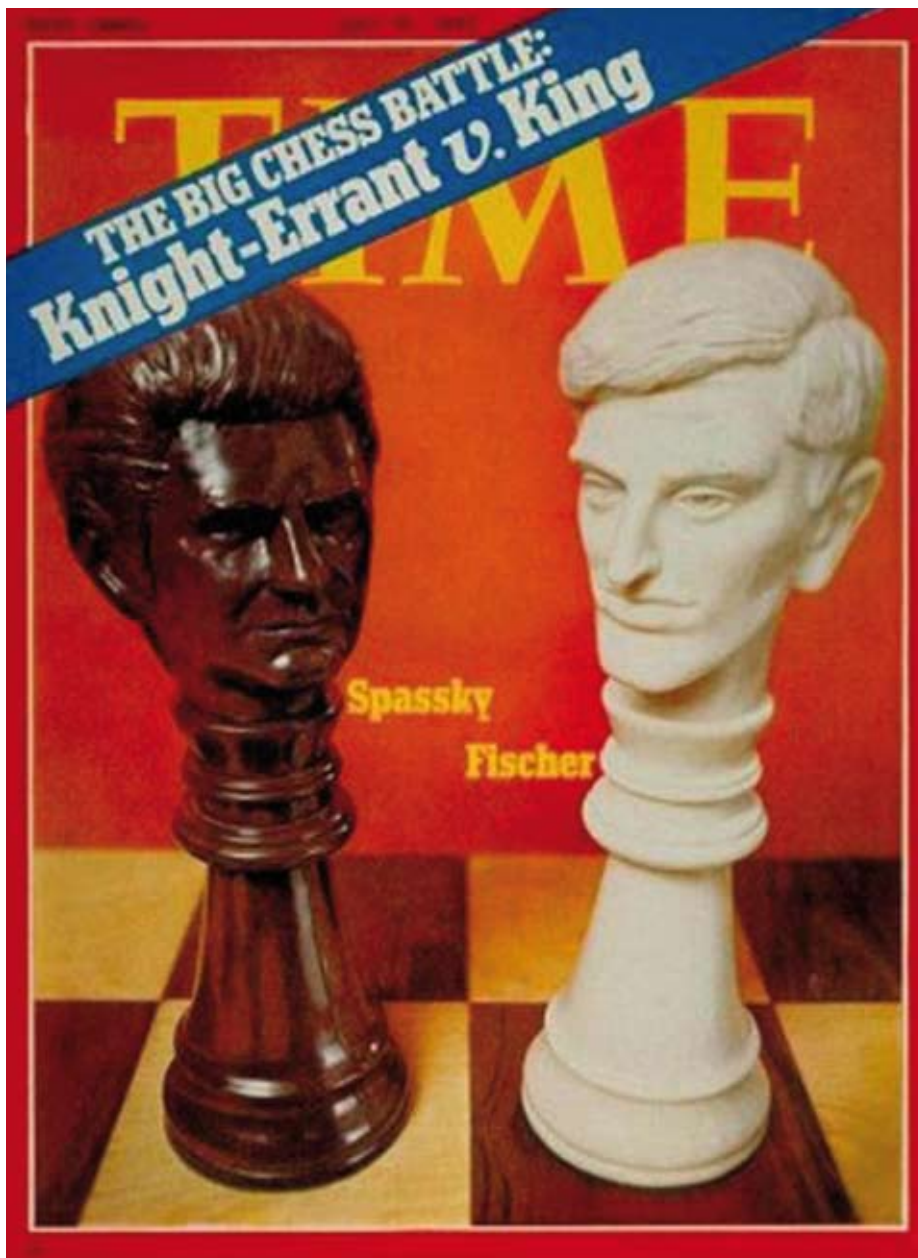
aplazamiento solicitado por Spassky y a continuación la quinta victoria para el norteamericano, que se ponía, en ese momento, con diez partidas jugadas, en un marcador favorable de 6 puntos y medio contra 3 y medio. La situación del ruso comenzaba a ponerse complicada, y entonces conseguiría en la partida undécima su única victoria desde el 0-2 inicial. Analizando esta partida, se ve claramente que Fischer se confió y había “bajado la guardia” inusualmente en él, de lo que Spassky sacó inmediatamente partido.

Pero éste fue prácticamente el único fallo del norteamericano. Spassky vio con ello renacer sus esperanzas y en la siguiente partida, tal como había hecho en la séptima y en la novena, siempre que se veía en posición inferior, solicitaba aplazamiento, puesto que sabía que tenía un equipo de cuatro grandes maestros rusos que le iban a analizar al máximo la situación de la partida, mientras que Bobby Fischer se podía decir que “iba por libre”. De hecho, gracias a ello en todas las partidas que se habían aplazado hasta entonces y en las que Boris Spassky iba en inferioridad, éste lograba salvarlas con unas tablas “in extremis”.

Y llega la disputada y larguísima partida decimotercera, en la que aunque también hubo aplazamiento, Fischer acabó imponiendo su ley, recuperando los tres puntos de ventaja. A partir de entonces, Spassky ya no se podía permitir perder ningún otro enfrentamiento y a Fischer le bastaba con ir haciendo tablas para obtener el título mundial. De hecho, las siete siguientes partidas terminaron en tablas, no sin antes haberse aplazado las número catorce, diecisiete, dieciocho y veinte. Curiosamente, en la catorce, los médicos de Spassky habían alegado ya “fatiga nerviosa”.

La partida número veintiuno, fue realmente interesante. Spassky, viéndose perdido, se la jugó a una sola carta y la perdió. El encuentro había sido aplazado ¿cómo no!, en el movimiento 40 y tras ser analizada como siempre por Boris y su equipo ruso, y no viendo otra solución comunicaron finalmente al juez-árbitro alemán Lothar Schmidt su abandono. Bobby había dado el zarpazo definitivo, y con un resultado de 7 victorias, 3 derrotas, (una por incomparecencia), y 11 tablas, había conseguido por fin ese sueño





que tanto había ansiado y tantas veces anunciado: ser Campeón del Mundo. Estados Unidos ya tenía por fin su “Héroe americano”.

A partir de entonces, la leyenda de Bobby Fischer se había hecho realidad. Inmediatamente se agotaron todos los juegos de ajedrez en Estados Unidos y “La Balada de Bobby Fischer” fue el disco más vendido. “La Computadora Humana”, como ya le llamaban, había acabado con casi medio siglo de hegemonía soviética. El propio Spassky, tras concluir el polémico match, demostró su caballerosidad, honestidad y reconocimiento hacia el norteamericano diciendo, que el resultado había sido justo, que en esos momentos era el mejor y que “a Fischer solo podría vencerle otro Fischer”.

Entre la multitud de felicitaciones que recibió el nuevo campeón, la que sin duda alguna más ilusión le hizo, fue la del propio Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, quien antes del Torneo ya le había hecho llamar a su despacho para desearle lo mejor.

Una vez que hubo terminado este largo y polémico “Match del Siglo”, de casi dos meses de duración, podríamos sacar muchas e interesantes conclusiones y anécdotas, tales como por ejemplo, que no se recuerda en la pequeña Islandia, en toda su Historia, ningún hecho que haya causado tanta expectación y haya tenido tanta repercusión en todo el mundo. En ciudades como Nueva York, Moscú, Londres, París, Caracas o Bogotá, las partidas se seguían jugada a jugada con informa-

ción por audio o bien por video. En Varsovia por ejemplo, la venta de ajedreces agotó el mercado, e incluso en España, en Barcelona, fue tal la repercusión que igualmente la venta de ajedreces y de libros y revistas sobre este juego, se agotó inmediatamente. En Francia, país que no contaba entonces con ninguna gran figura internacional, su repercusión sin embargo fue enorme. En París concretamente, se agotaron también todos los juegos y tratados de ajedrez. Los sesenta y cuatro cuadrados blancos y negros, llegaron a fascinar a los franceses gracias al “Super Star Fischer y al bello y dramático Spassky”. Incluso la fuerte personalidad de Bobby Fischer, hizo que se convirtiera de alguna forma en un ídolo para las francesas.

Respecto a este nuevo campeón del mundo, podríamos decir bastantes críticas sobre su especial carácter o su excéntrica personalidad, pero ante todo hay que reconocer su enorme potencial en el ajedrez con sus a veces vertiginosos ataques capaces de desarbolar a cualquier contrincante. Jugase con blancas o con negras, jugaba siempre a ganar, lo que le convirtió ya en un ganador nato. Su agilidad en el juego quedó constatada cuando efectivamente comprobamos que, excepto en una, al final de todas las partidas realizadas, fuese el resultado que fuese, siempre su reloj marcaba menos tiempo que el de Spassky.

Bobby había demostrado tener una seguridad en sí mismo total. Con un handicap de 0-2 en contra y teniendo enfrente nada menos que el que en aquél momento era el Campeón del Mundo, Boris Spassky, cualquier otro maestro estaría contra las cuerdas moral y físicamente, pero sin embargo, estaba claro que Bobby Fischer no era precisamente cualquier otro maestro, y con su reacción enérgica, casi sobrehumana, había dado inmediatamente la vuelta al marcador, algo que ni el propio Spassky se lo podía imaginar.

Analizando su excéntrico y caprichoso modo de ser, hemos de reconocer que en ciertos temas tenía también su razón: el murmullo de los asistentes, los destellos de las cámaras fotográficas o el ruido de la cámara de televisión, perjudicaba su absoluta e infinita concentración, y por otra parte, aunque también Spassky tuvo



Posiciones de las piezas en el tablero en el Torneo Candidatos de 1977.

sus “caprichitos”, nunca fueron tan aireados por la prensa como los de Bobby Fischer, motivo por el cual, éste demostró siempre una cierta antipatía hacia los medios.

Respecto a Boris Spassky, podemos decir que la seguridad con que comenzó el torneo, se fue debilitando poco a poco a medida que éste transcurría. En la partida octava, en su jugada número once, Spassky batió todos los records de tiempo conocidos hasta entonces para realizar un solo movimiento, nada menos que sesenta y tres minutos, mientras que la contestación de Fischer fue en poco más de un minuto. Esto demostraba el estado de preocupación del campeón ruso ante el ritmo que estaba tomando la contienda. Y ello fue a más, en dos de las partidas aplazadas por Spassky, él y su equipo médico alegaron enfermedad; incluso en una de ellas, “fatiga nerviosa”. Estaba claro que la fuerte moral del campeón ruso estaba comenzando a derrumbarse, ya no era el hombre tranquilo y seguro que había comenzado el match. Incluso, anecdóticamente, en una de las partidas, antes de comenzar, se sentó equivocada-

mente en la silla que le correspondía a Fischer. También el equipo de grandes maestros rusos que le acompañaban estaban realmente sorprendidos de la facilidad con que el americano se estaba imponiendo a su gran campeón, tanto es así que llegaron incluso a pensar que el juego de Spassky estaba siendo influenciado y boicoteado por algún elemento de origen magnético ajeno al match, por lo que consiguieron, con la correspondiente hilaridad de los americanos, que se revisasen a fondo las dos sillas de ambos contendientes para comprobar su igualdad.

Respecto a la gran afición islandesa, es curioso ver como las simpatías que había perdido inicialmente Bobby Fischer por sus extravagancias, las fue recuperando al final, rindiéndose ante la calidad y reconocimiento del nuevo campeón. Por otra parte, el propio Fischer, viéndose ganador, redujo también sus caprichos. Incluso la guerra psicológica de tiempos se invirtió; Bobby solía llegar tarde y se sentaba siempre después que el campeón, pero al final Spassky acabó siendo menos puntual que el aspirante.

Este torneo había constituido un antes y un después en la vida de Bobby Fischer. Había conseguido su meta, que era llegar a lo más alto, pero sin embargo desde entonces ya no volvería a jugar ninguna otra partida oficial, lo que le supuso prácticamente el fin de su carrera. De hecho, en 1975, cuando le correspondió defender su título frente a Anatoli Kárpov, exigió que para ello había que volver al sistema antiguo de diez victorias sin contar las tablas, algo que los rusos no aceptaron, y la FIDE, bajo el dominio soviético, acabó despojando del título al norteamericano alegando incomparecencia y proclamando nuevo campeón a Anatoli Kárpov.

Desde entonces, Bobby Fischer llevó una vida retirada en Reykjavik, donde había conseguido su nacionalidad islandesa hasta, que excepcionalmente, en 1992, jugó un torneo en Yugoslavia contra Boris Spassky, (el ruso había buscado siempre una revancha con Fischer), donde de nuevo le volvió a vencer, recibiendo Fischer por ello ¡como no!, casi cuatro millones de dólares.

A partir de entonces, su innata misantropía se había hecho más evidente, le gustaba el silencio y la obscuridad de la noche, por lo cual pensamos que en esos meses del año en que en Islandia las noches son tan largas, debería estar poco menos que feliz.

Finalmente un 18 de enero de 2008, cuando contaba tantos años como casillas tenía su querido tablero de ajedrez, es decir, sesenta y cuatro, nos dejó para siempre a causa de una enfermedad renal.

Y éste ha sido el gran Robert James Fischer, un hombre que se forjó a sí mismo, jugador excepcional y genial, agresivo y ambicioso como ningún otro y sin lugar a duda con una arrolladora e impresionante personalidad. Sus excentricidades quedarán patentes en la historia del ajedrez, y ningún buen aficionado podrá decir nunca que no ha oído hablar de él.

Bobby Fischer, ¿genio, loco..., o ambas cosas? ●